

recomendacion y otras muy importantes para el duque de Béjar y el conde de Aguilar.

Doña Juana, que sin duda para distraer su imaginacion y para acallar sus pasiones se habia quejado del abandono en que la habia tenido su esposo, halló indudablemente eco en el corazon de este.

Un año más tarde daba á luz un hermoso niño, al que ponian de nombre Martin, como un recuerdo cariñoso al autor de los dias del ilustre conquistador del imperio de Méjico.

La Providencia, que con los celos que habia hecho experimentar á Cortés le habia castigado de su inicua conducta con doña Catalina, teniendo en cuenta que habia difundido la religion cristiana en aquellos lejanos países, le proporcionaba reconocer á su primer hijoy le concedia otro para mayor ventura.




---

## Capitulo XXXI.

---

### Expedicion al Sur.

El sentimiento paternal lo absorbe todo.

El nacimiento de Martin hizo olvidar á Hernan Cortes sus ambiciosos proyectos, y se consagró exclusivamente á cuidar del tierno infante.

El presidente y oidores de la audiencia, que, como sabemos, le eran completamente hostiles, le recordaron las instrucciones que habia recibido del emperador, en virtud de las cuales debia descubrir tierras por la parte del Sur.

El plazo fijado para llevar á cabo la expedicion era el de un año, y faltaba poco para que espirase. Así es Hernan Cortés activó la construccion de dos naos que se estaban labrando en Acapulco.

En cuanto estuvieron terminadas, las armó muy bien de gente y artillería.

Las preveyó de vituallas y armas, y envió como



capitan de ellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo.

Las naos se bendijeron con la mayor solemnidad.

A una se le puso por nombre *San Miguel*.

A la otra *San Márcos*.

Fueron á bordo como tesorero Juan de Mazuela, como veedor Alonso de Molina, como maestre de campo Miguel Marroquino, como alguacil mayor Juan Ortiz de Gabex, y como Piloto Melchor Fernandez.

Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco el dia del Córpus del año 1532.

Fiel á las instrucciones que habia recibido del caudillo, siguió la costa hácia el Poniente, llegó al puerto de Calixco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchir las vasijas que llevaba.

Nuño de Guzman, que gobernaba en aquella tierra, envió gente que le defendiese la entrada, ó por ser de Cortés, ó por que nadie entrase en su jurisdiccion sin su licencia.

Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante unas doscientas leguas costeando lo más y mejor que pudo.

Amotináronse algunos de los que llevaba á bordo, metiólos él en un navío y los envió á la Nueva-España para ir él descansado y seguro.

Con el otro navío prosiguió el derrotero que se habia trazado; pero durante algun tiempo no se supo de él.

La nave de los amotinados tuvo á la vuelta vien-

to contrario, y experimentó tambien falta de agua; asi es que contra todo su gusto tuvieron que detenerse los que la tripulaban en una bahia llamada Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzman les habian hecho.

Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron.

Los contrarios eran muchos, y mataron á todos los españoles de la nao.

Dos únicamente lograron salvar la vida.

En cuanto que este suceso llegó á oidos de Hernan Cortés, se trasladó á Tecoantepec, villa suya, distante de Méjico ciento veinte leguas.

Aderezó dos navíos que por mandato suyo se acababan de hacer, abasteciéolos perfectamente, y envió por capitan de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortun Jimenez, vizcaino.

El mando del otro buque le confió á Hernando de Grijalva, al que le acompañaba como piloto un tal Acosta.

Tres misiones puede decirse que llevaban los expedicionarios: vengar á los muertos, socorrer á los heridos, y saber el secreto y cabo de aquella costa.

Un fuerte vendaval separó á estas dos naves la noche que se hicieron á la vela, y jamás volvieron á reunirse.

La mayor parte de los que iban en la carabela de Diego Becerra eran vizcainos.



Fortun Jimenez propuso á sus compañeros des-  
hacerse del capitán.

Sus palabras hallaron eco en sus paisanos y le  
asesinaron estando durmiendo.

Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los  
heridos y á dos frailes franciscanos.

Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de San-  
ta Cruz.

Al saltar en tierra pagó las infamias que habia  
cometido.

Le asesinaron los indios y tambien á veinte de la  
tripulacion.

Dos marineros fueron á Chiametlan de Xalixco  
en el batel, y dijeron á Nuño de Guzman que habia  
hallado muestras de perlas.

El fué allá, aderezó aquella nao, y envió gente  
en ella á buscar las perlas.

Hernando de Grijalva anduvo trescientas leguas  
por el Noroeste sin ver tierra.

Continuó navegando, y al fin halló una isla, á la  
que llamó Santo Tomás, en conmemoracion de ha-  
berla descubierto en este dia.

Estaba, segun dijo, despoblada, y sin agua por  
la parte que entró.

Abundaban en ella las palomas, perdices, halco-  
nes y otras aves.

Cortés, entre tanto que esto pasaba, tuvo hechos  
otros tres navíos muy buenos.

Deseando cumplir lo pactado con el emperador,  
y pensando descubrir islas y tierras, habia dedicado

mucha gente en Tecoantepec á la construccion de  
buques.

Tan pronto como tuvo noticia de los sucesos que  
hemor referido, se quejó al presidente y oidores de  
Nuño de Guzman.

Viendo que no le hacian justicia, á pesar de las  
palabras que le dieron, despachó los tres navíos para  
Chiametlan, y él se fué por tierra desde Méjico muy  
bien acompañado.

Cuando llegó allí vió la nave al través y robado  
cuanto en ella iba, que con el casco dei navío valia  
todo quince mil ducados.

Llegaron tambien los tres navíos embarcóse en  
ellos con la gente y caballos que le cupieron, dejó con  
los que quedaban á Andres de Tapia por capitán, é  
inmediatamente pasó al sitio en que mataron á For-  
tun Jimenez.

Una vez allí mando que se le reuniera Tapia.

Cuando juntos emprendieron de nuevo la expedi-  
cion, un fuerte vendaval les llevó hasta dos rios que  
ahora se llaman San Pedro y San Pablo.

Tambien allí se derrotaron los tres navíos.

El menor, y que tenia por nombre *Santa Ague-  
da*, se encontró en Santa Cruz; el *Santo Tomás* fué  
al Guayaval, y el *San Lázaro*, dió al través ó por  
mejor decir, encalló cerca de Xalisco.

Los que tripulan este último se volvieron á Mé-  
jico.



---

## Capitulo CXXXII.

---

Donde verá el lector lo que padeció el caudillo español continuando el descubrimiento del Sur.

Cortés esperó muchos dias sus naos, y como no venian, llegó á mucha necesidad, porque en ellas tenia los bastimentos.

En aquella tierra no cogen maíz.

Viven de frutas y yerbas, de caza y de pesca.

Pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco tablas, que forman una especie de mano.

Cansado de esperar, como decimos, determinó el caudillo ir á buscar los otros buques, ó por lo ménos provisiones.

Embarcóse, pues, con setenta hombres.

La mayor parte de ellos eran herreros y carpinteros.

Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantín si fuese necesario.

Atravesó la mar, que es como el Adriático, corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arrecifes ó bajos, que ni sabia por donde entrar ni por donde salir.

Andando con la sonda buscando salida, arrióse á la tierra, y vió una nao surta dos leguas dentro de un áncon.

Quiso ir allá.

No encontró entrada.

Por todas partes quebraba la mar sobre los bajos.

Los de la nao vieron tambien el navío.

Enviáronle su batel con Anton Cordero, piloto, sospechando que iria á bordo el caudillo.

Arribó al navío, saludó á Cortés, y entróse dentro para guiarle.

Dijo que habia harta hondura por encima de una reventazon, que por ella pasó su nao.

En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navío muerto y trastornado.

Los más esforzados lloraban y maldecian al piloto Cordero.

Encomendábanse á Dios y desnudábanse, pensando guarecerse á nado ó en tablas.

Ya iban á lanzarse al mar, cuando las olas precipitaron á la nao en un canal, cuya existencia anunciaba el piloto.

Llegaron, en fin, al otro navío surto, vaciando el agua con la bomba y calderas.



Salieron y sacaron cuanto iba á bordo, y con los cabestrantes de ambas naos la tiraron fuera.

Asentaron luego la fragua é hicieron lumbre.

Trabajaban de noche con hachas y velas de cera.

En San Miguel, diez y siete leguas del Guayabal, compraron abundantes provisiones.

Cada novillo costó treinta castellanos de oro.

Cada puerco diez.

Cada oveja y cada fanega de maíz cuatro.

Salió de allí Cortés, y topó la nao *San Lorenzo* en la barra con la patilla.

Este incidente fué causa de que se estropease el timon.

Para reparar este siniestro fué necesario detenerse otra vez.

Cortés partió en la nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalva por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto.

A los dos dias que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la entena de la mesana, que estaba con la vela cogida y dado el chafaldete.

Cayó la entena y mató al piloto Anton Cordero, que dormia al pié del árbol.

Cortés reemplazó á este en su puesto, y llegó cerca de las islas de Santiago.

Allí le dió un Noroeste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz.

Corrió aquella costa al Sudeste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y rodeando.

Halló un placel de arena, donde dió fondo.

Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua.

Cesó entretanto el Noroeste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de las Perlas, situada cerca de la de Santiago.

Calmóse el viento; pero luego tornó á refrescar.

Al fin entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con gran peligro á causa de ser estrecho el canal y menguar mucho el mar.

Los españoles que allí habia dejado Cortés estaban completamente desfallecidos.

Cinco de ellos habian perecido víctimas del hambre, y los demás no tenían fuerzas ni aun para buscar mariscos.

Se sostenian con yerbas y frutas silvestres, y aun no comian tantas como querian.

Cortés, al repartirles los víveres, les indicó la necesidad de proceder con método para reparar su debilitado estómago.

No pudieron contenerse en presencia de aquellos manjares que les presentaban, hicieron mil excesos, y por efecto de ellos perecieron otros muchos.

Así las cosas, doña Juana, la esposa del caudillo, envió á este un mensaje, diciendo que se habia presentado en Méjico como virey don Antonio Mendoza; que sin ningun miramiento se habia posesionado del palacio, y que únicamente habia respetado su grosería las habitaciones que ella ocupaba.

En vista de esta noticia acordó dejar en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitán de aquella



gente, é ir él á Tecoantepec. con aquella nave para enviarle navíos y más hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar al propio tiempo á Hernando de Grijalva.

Algunos dias despues llegaba á Acapulco y celebraba consejo con sus capitanes para resolver lo que debia hacerse en vista de la llegada del nuevo virey don Antonio de Mendoza, cuyo nombramiento consideraba un atentado á sus derechos y un desprecio á los buenos y leales servicios que habia prestado á la corona de España.

---

### Capitulo CXXXIII.

---

Dos altos funcionarios.

No fué posible llegar á un acuerdo entre las diversas opiniones de los oficiales adictos á Hernan Cortés.

Al paso que unos le aconsejaban mesura, calma, serenidad en aquellas críticas circunstancias, la mayor parte creian que la fuerza, y solo la fuerza era lo que podria inclinar la balanza en su favor.

Unos y otros fundaba sus argumentos en el carácter de que suponian dotado al nuevo virey.

Los primeros veian en él al hombre esclavo de su deber, pero razonable y amigo de la justicia.

Los segundos decian que era de carácter severo, díscolo, intransigente, y le presentaban con tan exagerada dosis de amor propio, que creian que antes de



ceder á ningun arreglo, se daría la muerte, si se convenia de que no habia de prevalecer su opinion.

El ilustre héroe de nuestra historia, para obrar con pleno conocimiento de causa, resolvió ir á Méjico para conferenciar con aquel funcionario.

Le escribió una carta anunciándole la necesidad de que celebrasen una entrevista, y don Antonio Mendoza se apresuró á complacerle.

—He querido dar este paso,—dijo Hernan Cortés apenas se halló en la presencia de su sucesor en el mando,—porque aunque me duele, como es natural, la ingratitud del monarca, no quisiera por un exceso de cariño hácia mí comprometieran mis capitanes las conquistas que hemos llevado á cabo.

—¿Qué quereis decir?—exclamó un tanto amostazado Mendoza.

—Soy muy franco, y por lo tanto enemigo de andar con ambajes y rodeos.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Pues bien; vuestra llegada ha sido muy mal recibida por la mayor parte de los españoles que hay á mis órdenes.

—Prescindiendo de la exageracion que encierran esas palabras, os diré que no me preocupa la suma de simpatías que haya podido inspirar. Al venir aquí, he traído autorizacion plena del emperador para hacerme respetar y reconocer como virey, y esto me basta. De grado ó fuerza acatarán mis órdenes esos capitanes á que aludís, y si así no lo hacen, sufrirán las consecuencias por su falta.

—Pues yo os juro que si no fuese mi lema *por tu ley y por tu rey morirás*, os probaria lo engañado en que vivís. Por lo que aquí hemos podido observar, cuantos palaciegos han venido á estas tierras no han sido tan hábiles para dominar á mis parciales como para tramar una intriga en contra mia cerca del monarca.

—Tened la lengua, porque estais hablando con quien en este momento es vuestro jefe.

—¿Hablais con sinceridad?—preguntó con sonrisa burlona Hernan Cortés.—¿Os creéis, por ventura, superior á mí?

—No es esta la ocasion de discutir fruslerías; si reconoceis estos despachos como procedentes del monarca, acatareis mis órdenes.

—Las reconozco, porque amo á mi patria y no quiero malograr tantos sacrificios como he arrosado, de otro modo, os probaria de una manera evidente que los títulos y honores, cuando no tienen razon de ser, parecen á la menor ráfaga de viento.

—¡Vive Dios, que no admito insultos de nadie! No esteis tan orgulloso con vuestra conquista, porque ni sois el primero que ha emprendido esta clase de expediciones, ni habeis procedido siempre en ella con arreglo á las leyes de la buena lid, sino apelando para destruir á los indios al dolo al engaño, á la astucia.

Hernan Cortés no pudo resistir la sinrazon de estas palabras.



Desnudando su acero se puso en guardia.

Don Antonio Mendoza le imitó, y cuando ya ibad á cruzar las espadas, envainando la suya el nuevo virey:

—Somos unos chiquillos,—dijo;—estas cosas no se arreglan así entre hombres formales. Obremos como aconseja la prudencia en estas circunstancias. Quedad vos encargado de la parte militar como capitán general, y yo de la parte civil. Creo me hareis la justicia e no atribuir á cobardía esta transaccion honrosa para los dos.

—Lejos de mí semejante idea.

—Pues bien; en ese caso aceptad lo que os propongo.

—Aceptado.

Mendoza invitó á Cortés á que habitase tambien en el palacio, y el caudillo se negó, so pretexto de que su categoria era superior.

El contralor don Luis Longo y Tenreyro seguia al lado de Cortés.

Doña Constanza, la oveja descarriada, no habia aún vuelto á su redil.

Algunos de los capitanes que más beneficios debian á Hernan Cortés, al ver que se eclipsaba su estrella, se pasaron con armas y bagajes á don Antonio Mendoza.

Este procuraba hacerse partido entre los españoles.

Visitaba y cuidaba á los enfermos, les repartia dinero, atendia á las quejas de los soldados, y ofrecia

á los capitanes su influencia cerca del monarca para que les ascendiese en su carrera.

Don Antonio Mendoza estaba casado con una señora muy dominante y muy amiga de lujo.

Se proponia eclipsar á la de Cortés, y las luchas que suscitaba con este motivo se reflejaban muchas veces en sus maridos.

Hernan Cortés, que desde la llegada del nuevo virey sufría mucho, y por la actitud que habian tomado doña Juana y doña Lorenza Orgaz y Santibañez, que así se llamaba la esposa de Mendoza, resolvió dirigirse á España para quejarse al emperador.

Mucho influyó tambien para hacerle adoptar esta determinacion el pleito que sostenia con el licenciado Villalobos fiscal de Indias, sobre la cantidad de vasallos que le pertenecian.

Estándo contándolos el virey con arreglo á las instrucciones recibidas del emperador Carlos V, se presentó doña Constanza con su hijo.

Trató de hacer creer á don Luis que le habia recogido por caridad.

Pero el marido creyó, y creyó con fundamento, que era fruto de los amores con Izampú, y se negó á recibirle en su casa.

Cortés, como hemos dicho, se dirigió á España.

En aquella época, habian nacido de su matrimonio con doña Juana, además de Martin, de quien ya hemos hablado, tres niñas, á quien pusieron por nombres María, Catalina y Juana.

La carabela en que emprendió su regreso el ilus-



tre Hernan Cortés, distinguió á lo lejos otra carabela.

En ella iba á bordo un personaje de los más importantes de esta historia: Pánfilo de Narvaez.

Sus sueños ambiciosos se habian realizado.

El monarca español le habia autorizado para proseguir los descubrimientos por la parte de lo que hoy se llama la Florida.

Hagamos un paréntesis para dar á conocer lo que pasó, porque nuestro relato servirá de complemento á la historia de la conquista de Méjico, que tan benévolamente han acogido nuestros ilustrados suscritores.

---

## Capitulo CXXXIV.

---

En que se da cuenta de la partida de la armada á cuyo frente iba Pánfilo de Narvaez.

El dia 17 del mes de Junio de 1527 partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda Pánfilo de Narvaez con poder y mandado de su majestad Carlos V para conquistar y gobernar las provincias situadas desde el rio de Palmas hasta el cabo de Tierra Firme.

La armada que mandaba se componia de cinco navíos, en los cuales próximamente irian unos seiscientos hombres.

Los oficiales que llevaba eran los siguientes:

Cabeza de Vaca por tesorero y alguacil mayor, Alonso de Solís como factor, Alonso Enriquez como contador, y como comisario á Juan Suarez, fraile